



El Odio de las Orugas

(1) Hay algo que vive y persiste a través de las edades; hay un anhelo superior que, por encima de las generaciones, marcha sobre todos los obstáculos y se impone a todos los escollos; rompe murallas, taladra montañas, cruza océanos, y los siglos empequeñecidos van transcurriendo con el reservar plebeyo de hechos y acciones humanas, sin destruir, porque es indestructible, el ideal del mejoramiento social.

En las luchas por los principios abstractos y en la conquista de leyes morales, los intereses momentáneos de hombres o pueblos nada significan. Jesús, que predicó y practicó el Bien, murió un día a petición de seres vulgares movidos por bajos y groseros apetitos, mientras el representante de la Justicia se lavaba las manos.

Madero, apóstol de la democracia, fue aniquilado en la errónea creencia de que con él perecían los anhelos de libertad del pueblo mexicano. En tiempos de Huerta, un diputado ministerial, al ver que en la Cámara se obstruía la gestión del Usurpador y no se conseguía fácilmente el empréstito, ni se votaban pronto las leyes

(1) En la última sesión de la Cámara de Diputados, se lamentó un miembro del P. L. C. de no haber todavía asesinado a don Félix F. Palavicini.

fiscales, hizo esta amenaza terrible: "Hay elementos amigos del Gobierno, muchos, no uno, y aun ajenos a él, que cuando se aperebieran de las intenciones nefandas de algunos diputados, probablemente podrían cometer con ellos, no un atropello, porque eso no sería cometer un atropello, sino un acto de justicia." Algunos días después las balas huertistas acribillaban a Rendón, moría Pastelín, caía Gurrion, desaparecía Belisario Domínguez; pero... el IDEAL no perció y el crimen, cubriendo de baldón a sus autores, los sentenció a una eterna vergüenza. Estos eran los "actos de justicia" de los pretorianos.

El fanatismo es un estado patológico: los católicos quemando a los incrédulos, los puritanos descuartizando a los que no tenían su misma fe, Robespierre—hijo del pueblo—legislando como una divinidad; los jacobinos creyéndose poseedores de la Verdad y tratando de salvarla por el bien de todos, son equivocados, pero sublimes.

No pasa lo mismo con aquellos que en nuestras luchas políticas a cada revés sufrido por su incapacidad, a cada fracaso merecido por su ineptitud, a cada obstáculo puesto a sus apetitos, a sus concupiscencias, a sus glotonerías o a sus impaciencias, cierran los ojos y, como los que sacrificaron a Madero, creen que solamente el asesinato, el crimen, puede salvarles su migaja de poder, su plato de lentejas, su curul, su cartera.

¡Triste espectáculo de seres inferiores!

Con una pesantez de caracoles se arrastran al pie de las pirámides; ellos no estarán nunca en las cimas y todo lo elevado los abruma; son nictálopes y todo brillo los ofusca; son gusanos y cuando el azar los convier-

te de orugas en mariposas, es para estrellarse ante la primer luménaria.

La ineptitud es una ceguera perfecta; convierte a los hombres en irreflexivos y brutales; no les crea valor personal para arriesgarse individualmente en una empresa como Cyrano contra cien; no les da valor cívico para afrontar, como Zola, los movimientos equivocados de opinión; la ineptitud crea en estos seres un sentimiento de odio a lo que se destaca:

“Odio que la obscura escama
profesa a la pluma espléndida!
Inmundo rencor de oruga,
eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!”

Con el crimen nada se resuelve; la muerte alevosa o el asesinato vil, no producen más que oprobio a sus autores y gloria a las víctimas.

Los que luchan por el Bien sin restricciones y laboran por la felicidad del pueblo, sin ambición de lucro inmediato, sin recompensa material, son fuertes y valerosos, porque son eternos. Para combatirlos no hay más que un medio: igualarlos o superarlos.

Nos dirigimos a algunos diputados; a algunos representantes, no de la Nación, que en ella existen todas las tendencias y todos los intereses; sino a representantes de la Revolución que a la Cámara han llegado pretendiendo ser portavoces y heraldos; sabedlo; si acaso la revolución de 1910-13 ha tenido crímenes, ellos no han sido necesarios, han sido estorbos y no medios. La obra

imperecedera de la revolución ha sido la legislativa, que creó nuevos derechos sociales.

No esperéis el triunfo del puñal y de la enervada, no os atengáis a las tinieblas, no os embosquéis, no os protejáis en las sombras: trabajad a plena luz; los demócratas en México estamos sentenciados a vivir como los labradores: con el sudor de nuestra frente.

Royer Collard decía a sus contemporáneos: "Queréis que la Nación os llame? Abrazad su causa. Defended el derecho contra el privilegio. La confianza es el verdadero lazo de las sociedades. Estudiad lo que atrae a esta nación, lo que la repugna, lo que la tranquiliza, lo que la inquieta; en una palabra: ¡realzadla! ¡sed populares!"

Pero, ¿cómo habréis de lograrlo si os quitáis la toga venerable y os cubrís la cara proterva con el antifaz del bandido?

No temáis al triunfo del verdadero pueblo; no os espantéis de tener encima a los astros; siempre conservaréis vuestro lugar; no se llega sino a lo que se es. Cuando os hayáis cubierto los ojos con vuestras manos, el sol seguirá brillando.

Los hombres son pasajeros; son la hoja que cae, la flor que se marchita, el día que se extingue; ¡sólo el Ideal es eterno!

¡Si supiérais la fuerza que da servir al Ideal!
